

*Alfonso de Toro/Susanna Regazzoni (eds.)*

# Homenaje a Adolfo Bioy Casares

Una retrospectiva de su obra

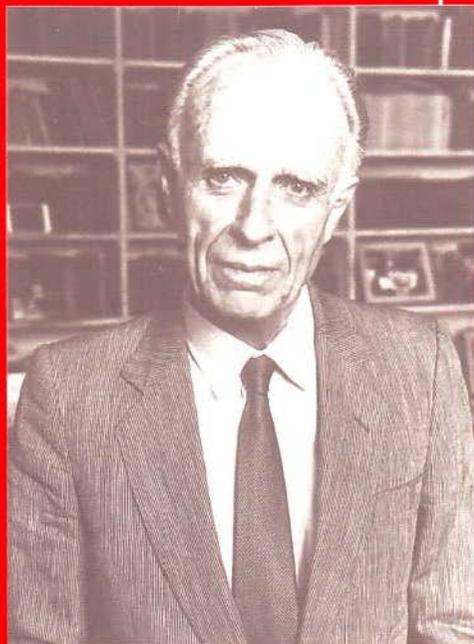
*Literatura*

*Ensayo*

*Filosofía*

*Teoría de la Cultura*

*Crítica Literaria*



**TCCL** TEORÍA Y CRÍTICA DE LA CULTURA Y LITERATURA  
**TKKL** THEORIE UND KRITIK DER KULTUR UND LITERATUR  
**TCCL** THEORY AND CRITICISM OF CULTURE AND LITERATURE

Fernando Loustaunau Braidot

Montevideo

## HISTORIAS VIVIDAS: ADOLFO BIOY CASARES Y SUSANA SOCA

En toda comunicación, sea del tipo que sea, hay una referencia a saberes de fondo, a mundos transitados con los que las partes implicadas en la interacción alimentan su corpus interpretativo. En el complejo proceso de intercomprensión, es preciso reconocer que con cada acto del habla, las partes implicadas en la comunicación se refieren simultáneamente a algo que pertenece al orden del mundo subjetivo. Esas subjetividades producen, como es natural, intersubjetividades. Muchas de las personas que voy a nombrar, Bioy, Soca, Borges, Victoria y Silvina Ocampo, y otros, tienen que ver con un mundo simbólico de particular riqueza que acrisoló en un momento determinado, en un área geográfica, pero sobre todo cultural, que se llamó el Río de la Plata. A los efectos de este trabajo, Bioy y Soca son entonces no sólo dueños de su discurso, sino arquetipos en una suerte de sociolecto que los supo convocar. En ese sentido, las voces de otros protagonistas aparte de estos dos, lejos de disminuir su discurso, enriquecen ese lenguaje creado por un estado del espíritu colectivo, más que por una decisión teórica individual.

Susana Soca (1906-1959) fue una escritora que encontró trágico fin en un accidente de aviación. Tuvo cierta notoriedad, sobre todo, por la revista que fundó en la París de postguerra, bajo el nombre *La Licorne*, y que continuó en su Montevideo natal hasta los últimos días de su vida. Muerte injusta, si acaso la justicia alguna relación guarda con nuestro pasaje por la tierra, habida cuenta que lo mejor de esta mujer estaba aún por aparecer a la luz. Intentaba vanamente aún Soca desembarazarse de un mundo familiar elitista, de una madre hiperprotectora, de una cultura formada de estereotipos y lugares comunes.

No tuve el privilegio de hablar demasiadas veces con Adolfo Bioy Casares. Pero en cada uno de nuestros breves diálogos mantenidos en Buenos Aires, Salto y Montevideo, la figura de Susana Soca y de su mutua geografía (Bioy 1999: 3-4), de algún modo u otro, siempre emergía. La primera vez fue una pregunta por mí formulada; ello fue suficiente para que Bioy me asociase en lo sucesivo a esta mujer, y tomara la iniciativa de referir a ella en los siguientes encuentros. Llegué a suponer que la 'tecnológica' muerte de Soca en un vuelo de Lufthansa, digna de *La invención de Morel*, era un motivo fundamental de su recuerdo por esta mujer. Y que, como en *El otro laberinto*, el juego del tiempo lo remitía a un pasado indirecta y paradójicamente grato. Claro que, se debe agregar, en los hechos había otro protagonista ausente de ese cuento oral, otro que no era en realidad Susana Soca, ni siquiera el húngaro Istvan Buday. Referencia invariable y no siempre consciente hacia una mujer, amiga común de

Soca y Bioy, de nombre Emma Risso Platero, también montevideana y también habitante frecuente de París, donde finalmente terminó su vida. Esta señora también había incursionado en la literatura, autora, entre otras cosas, de una novela con prólogo, no exento por cierto de generosidad, de Jorge Luis Borges —sugerentemente, éste califica al género como intermedio entre el estudio crítico y el brindis.

En síntesis, Bioy estaba enamorado de Risso Platero en los días de la muerte de la fundadora de *La Licorne* —o, al menos, eso su memoria supo seleccionar una mañana en su departamento de la calle Posadas, en 1990. Y de atenernos a los recuerdos de este hombre hace una década —y a los de quien suscribe, también—, esa pasión amorosa por Risso Platero era, además, compartida nada menos que con Borges. Por lo pronto, una expresiva fotografía publicada en la primera edición del libro de Alicia Jurado *Genio y figura de Jorge Luis Borges*, exhibe a esta mujer rodeada de los dos célebres escritores. Bioy recordaba especialmente una oportunidad en la cual todo parecía propicio para el amor, excepto por el nada desdeñable hecho de que había concurrido a visitar a la amiga con el supuesto propósito de consolarle por la muerte de Susana Soca. Al respecto, Oscar Hermes Villordo dice en relación con *El sueño de los héroes* algo que sirve como metáfora de la situación amorosa en el autor:

Una observación de Bioy, cuando el protagonista encuentra por primera vez a Clara, vale por todas las teorías del amor. El joven la ve y se enamora enseguida de ella, a pesar de que era “una de esas muchachas con la frente estrecha y prominente, que él aborrecía”. Tal como le ocurre a Swan, el personaje de Proust, que comenta después de contar la historia de su gran amor por Odette de Crécy: “La amé tanto, (¡y pensar que no era mi tipo!)”. Para el novelista el amor ocurre, es, “a pesar de” (vid. Villordo 1983: 157)

Esta *petite histoire*, esta en apariencia trivial convivencia de *eros* y *thanatos*, a través del frustrado encuentro sentimental con Risso Platero por la súbita muerte de Soca, amerita, sin embargo, otras lecturas. Philippe Sollers, quien publicó recientemente una novela —*Passion Fixe*—, reivindicando el vínculo más convencional, ya alude en su clásico *La escritura y la experiencia de los límites* a su mirada del gesto amoroso y hasta de la palabra amor:

Tal experiencia, por definición, es transgresiva: no existe nada más escandaloso hoy en día, habiéndose convertido esta palabra en la más vacía de nuestra lengua, que esa desviación decidida, no ‘romántica’, del amor. Bataille se dio cuenta de que había que buscar en lo sucesivo el sentido de esta palabra (que es quizá, como él mismo lo propuso, la amistad revelada por el pacto mortal en lo más profundo del azar y de la risa, esa amistad de más allá del bien y del mal y de toda significación) en la noche, el deslizamiento, la irregularidad, lo manchado. Pero lo esencial es ver que se trata en todos estos casos de una experiencia que aísla y destruye al sujeto fuera de toda salida, de toda sociedad posible, que es una experiencia desnuda del lenguaje que se expía, de su economía siempre desviada y oculta. (Sollers 1975: 37)

Una pequeña historia no lo es necesariamente tanto, y puede servirnos de excusa para hurgar en partes más hondas de un personaje. En *Passion Fixe*, por ejemplo, el tema no es más (ni menos) que el amor entre un hombre y una mujer vivido de modo sencillo, intenso, un amor sólo asombroso por ser convencional. Y, además, por durar.

Ante una pregunta que le formulé a Bioy Casares en una mesa redonda en Salto, nos respondía con alusiones a la correspondencia, lo que es decir correspondencia amorosa:

A lo largo de mi vida he ido desechando algunos prejuicios que tenía antes; por ejemplo, yo creía que con las cartas se hacían biografías con agujeros, digamos, o puntos negros como se dice ahora, que eran biografías desesperantes. He leído las cartas de Byron, los doce tomos, y me he lamentado que no hubiera quince o veinte; a través de sus cartas tengo la impresión de conocer el mundo de Byron tan perfectamente como si hubiera leído toda su biografía. Pero, además, también observé que hasta las cartas que creía que eran malas para escribir novelas, descubrí que pueden ser una técnica del relato porque permiten la visión de los personajes y presentar la situación en que se encuentran por distintas razones. Basta leer una novela de cartas para comprender lo buena que puede ser una novela con ese tema y procedimiento. (Bioy 1993: 115)

Susana Soca murió a los 52 años, voluntariamente inédita. A su muerte, su omnipresente madre hace publicar dos libros de poesía que la autora había dejado "preparados". También un volumen con ensayos poco conocidos (Soca 1966) que Susana Soca había publicado en diversos medios —o dejado también inéditos—, sobre autores tales como Rilke, Kierkegaard, Huxley, Eluard, Supervielle, y otros más místicos como *The cloud of unknowing*, Sor Juana Inés de la Cruz, Los Santos de Asís. En realidad Soca publicaba poemas en distintas revistas literarias desde la juventud. Ya en 1939 colabora en *Sur*, pero con la mayoría de los colaboradores de la revista argentina se conocía de antes, tal el caso de Bioy. Con Victoria Ocampo, el vínculo data probablemente de comienzos de la década del 30. El padre de Susana, el médico Francisco Soca, formado con Charcot y miembro de la Academia de Medicina de París, era buen amigo del escritor uruguayo Carlos Reyles. Y a su vez Reyles estaba vinculado a Victoria. No existe, al menos por el momento, publicación alguna de cartas de Susana Soca. Pero un reciente libro, que bien podría ser una "novela de cartas", como suscribe Bioy, la tiene de protagonista clave, tanto como tiene a 'Adolfito', tal como era llamado entre amigos. Se trata de *Correspondance* (Felgine 1997), texto que transcribe el intercambio epistolar entre Victoria Ocampo y Roger Caillois, quienes se conocieron en 1939 a través de Jules Supervielle. En carta del 19 de diciembre de 1945, Caillois explica a su amiga Victoria que se encontró con Susana Soca, quien lo había convocado por Pierre David, a quien presenta como "el esposo de Françoise Supervielle" —y, por tanto, yerno de Jules. Relata que Soca desea crear una revista del tipo de *Mesures* y que le solicitó que la dirigiese. Dice Caillois: "El proyecto en sí es excelente. Pero yo preferiría hacerlo contigo. Desde otro punto de vista, es delicado robarle la idea" (Felgine 1997: 252). El autor agrega que Soca ya tiene resuelto cómo financiar la empresa, con su propio dinero que trae de Uruguay, y que cuenta con el apoyo de Paul Eluard. El 2 de septiembre de 1947, responde una carta en la cual hay referencias a Borges, Felisberto Hernández y Bioy —"¿Qué piensas del libro de Adolfito? Yvette dice que no lo puede terminar" (Felgine 1997: 251). Para ese entonces ya está confirmado el nombre de *La Licorne*, para la revista de Soca. La directora de *Sur* se dirige al amigo en estos términos:

Debo partir mañana para Montevideo, donde doy una conferencia sobre Hillary y el viernes a las dos de la mañana para Nueva York. Mi dirección es Waldorf Astoria. ¿Es que licornisas, que te conviertes en *La Jument Verte*? (Felgine 1997: 286)

Referencia a la obra de Marcel Aymé, pero aludiendo sin duda a Susana Soca. Finalmente la revista aparece, y *Le Figaro Littéraire* lo informa de este modo:

*Cahiers de la Licorne* (Librairie Plon). Bajo la dirección de Susana Soca, con la colaboración de Roger Caillois y Pierre David, quienes han reunido los textos, los cuadernos trimestrales de *La Licorne* retoman la gran tarea de exploración. Lo cual significa que antes del 39, estábamos en deuda con *Mesures*. [Un buen lector ya conocía el talento de Kafka, de Miller, de Sartre, etc]. Junto a poetas y escritores ya conocidos, como Supervielle, Blanchot, Daumal, Charles-Albert Cingria, la riqueza de esta primer emisión de *La Licorne* conjuga textos en castellano de gran interés. Felisberto Hernández, Pablo Neruda, Garcilaso de la Vega. Una curiosidad anecdótica: un poema bello, *Je vis toujours*: está firmado Didier Desroches... Pero se transparenta el nombre de Paul Eluard, autor seguramente del poema. Uno debe explicar sin duda el pseudónimo por la pérdida cruel que ha tenido recientemente el poeta: es ésta su manera de asumir su duelo. (*Le Figaro Littéraire*, 17 mayo 1947)

Es significativo que *Le Figaro Littéraire* no mencione a Borges. Sin duda, recién eran los comienzos de su reconocimiento en Francia y este primer espaldarazo de Soca y Caillois, fue sin duda un mojón para su futura difusión. Borges, de un modo taxativo, reconoce que su fama francesa se la debe a una publicación realizada por Caillois de unos cuentos suyos en París. La lista de colaboradores es extensa; a los efectos de este trabajo digamos que ya en el número dos (correspondiente a *Hiver*, 1948) se publica un poema de Silvina Ocampo, *Mémoire Irrémisible*, con traducción de Jules Supervielle. La traducción de los textos de Pier Paolo Pasolini, por su parte, fue realizada por el también argentino Juan Rodolfo Wilcock. Silvina será colaboradora también en la etapa montevideana de *La Licorne*.

Por su parte, en las notas, los autores del libro *Correspondance* explican la figura de Soca en estos términos:

La poeta y ensayista uruguaya [Susana Soca] —“habitante de tres mundos”— directora de la revista *La Licorne* y sobre quien Caillois dejó un acertado retrato en el texto *Rencontres*. Esta mujer atrapante estuvo ligada a Pierre Drieu La Rochelle (quien escribió cosas terribles acerca de ella en su *Journal de guerre*) y, sobre todo a Henri Michaux, quien intentó, aunque en vano, un matrimonio. Victoria Ocampo parece haberla considerado una enemiga en potencia, lo cual explica la hostilidad. (Felgine 1997: 476)

La violencia se convertirá en afecto profundo cuando se entera de la muerte de la escritora. El número 257 de *Sur* constituye un verdadero homenaje a Soca. Victoria Ocampo recuerda el último encuentro entre ambas en Montevideo, seguramente a mediados de 1958 y afirma: “[...] mucho pierde el Uruguay al perderla, y no hay pérdida para los uruguayos que no repercuta entre los argentinos” (Ocampo 1959: 11). Sobre Soca en particular afirma, entre otros conceptos apologéticos:

Indecisa y decidida. Aparentemente distraída y atenta en lo hondo [...] nunca hablaba solemnemente de sí misma. Estas líneas, como la última carta que le escribí, no le

llegarán. Están escritas, sin embargo, para ella. Para que sepa como la siento. (Ocampo 1959: 11)

Pero más significativo es lo que escribe el crítico Guillermo de Torre. Señala que Susana Soca fue la portadora de *Doctor Zhivago* desde Moscú hasta la editorial italiana Feltrinelli, algo que hay que interpretar en la coyuntura política de entonces y la significación de la Unión Soviética. El hecho, complejo de relatar, generó una polémica por demás innecesaria entre las revistas *Sur* y *La Licorne*, ésta ahora representada por Guido Castillo, en nombre de Luisa Blanco Acevedo, la madre de Susana Soca.

En verdad, la muerte de Susana Soca determinó múltiples invocaciones a su figura. Entre los uruguayos, sus amigos Juana de Ibarbourou, Carlos Sabat Ercasty, Álvaro Armando Vasseur, Emilio Oribe, Jules Supervielle, y Carlos Real de Azúa — quien la selecciona en la *Antología del Ensayo Uruguayo* (Real de Azúa 1964: 387-391). Esther de Cáceres (1964) incluso publicó un libro sobre la autora. Y hasta el huraño Juan Carlos Onetti —en la primera edición de *Juntacadáveres*— escribe: “Para Susana Soca: Por ser la más desnuda forma de la piedad que he conocido; por su talento” (Onetti 1964: 5).

Entre sus vínculos fuera de fronteras, escribieron obituarios sobre Soca figuras tales como Borges, Bergamín, Lanza del Vasto, Giuseppe Ungaretti, María Zambrano, Henri Michaux, Roger Caillois y el no menos huraño Emile Cioran, bajo el significativo título de ‘*Elle n’était pas d’ici*’ (Cioran 1961: 9). Claro que hablar de fronteras en Soca no deja de ser relativo. Había sido llevada a bautizar a la Catedral de Notre Dame, en París, ciudad en la cual vivió gran parte de su vida, convirtiendo su trayecto París-Montevideo en una suerte de itinerario permanente. Sin descuidar casi literalmente punto alguno. Dice Sherban Sidéry en su homenaje a Susana Soca:

Sorprendentemente lúcida, es decir, sin ilusión. Había que ir a Moscú, Roma, Pekín, Lourdes. Encontrarse con Pasternak, Picasso, Ungaretti, Cocteau, un padre dominicano. Apurarse, correr, leer todos los libros [...] aprender el griego, el hebreo, el chino... Estudiar psicoanálisis, los místicos, escribir poesía. (Sidéry 1961: 41).

Bioy Casares tenía recuerdos de lo que denominaba las “gentilezas de Susana Soca” en relación con los tiempos de ésta en Francia. Tanto Susana Soca como su madre eran políglotas, y ambas habían aprendido el alemán en la infancia. Dos mujeres con infinitos contactos, viviendo en el George V, hábitat de los SS, amerita sin duda lecturas varias y no sólo de tipo literario. A diferencia de la mayoría de los extranjeros que vivían en la París de 1940, Susana Soca no abandona la ciudad cuando se produce la ocupación. Hasta su amigo y protector de todos los tiempos, Jules Supervielle, permanece hasta el final de la guerra en Montevideo. Reside en un apartamento en el hotel George V junto a su madre. Sus testimonios conocidos de esa época no son abundantes, pero dan lugar a conjeturas varias. En *Aspectos de París*, escribe la autora:

¿Cómo se comportaban los alemanes? De muchas maneras, según se tratara del ejército o de la policía y según el contacto de cada uno con los distintos organismos. El conjunto del ejército de ocupación se condujo con una corrección irritante para muchos franceses

en el conjunto de los habitantes. En cambio los servicios policiales especializados siguieron sus métodos hasta el fin en forma implacable. *Ils sont corrects*, era la expresión corriente en Francia para los alemanes que más parecían perfectamente extranjeros que ocupantes. Salvo la intervención de los SS al final o el sistema de represalias recíprocas. Era una guerra dentro del hombre mismo que adquiría la ferocidad de una guerra total hacia los que entraban dentro del concepto de enemigos, sea como resistentes en cualquier forma, todos caían, de hecho, a manos de los servicios especializados a quienes secundaban organismos franceses del mismo tipo, lo cual equivalía a encontrar la muerte en todas sus formas. Había realmente muchos colaboradores, los había a plena luz y con todos los matices, así como había una creciente y muy heroica resistencia. (Soca 1966: 92)

Luego de reflexionar sobre autores tan disímiles como Francis Ponge, Gaston Bachelard o el entonces discutido Jean Genet, dice Soca sobre los tiempos posteriores a la ocupación:

Lo trascendental aparece como liberación. En un artículo sobre la intencionalidad de Husserl, podemos ver una cosa muy rara: el lirismo de Sartre. Él nos refiere la felicidad que sintió al pensar que por esta moderna tendencia podía liberarse de toda la influencia kantiana sobre la filosofía francesa del siglo XIX; que podía liberarse del concepto bergsonianos del tiempo y con él hasta de Proust, lo cual equivale a liberarse de sí mismo. Esta doctrina de ir hacia afuera, que nos lleva a ir hacia los otros y relacionarse con el mundo, le produce la embriaguez de existir que comunica, en cierto modo, a los que se siguen aunque no sea en el terreno de la filosofía. Por eso su teoría es una hábil fusión de Kierkegaard con la fenomenología de Husserl. (Soca 1966: 100-101)

Dos veces, Bioy Casares me relató con la mayor meticulosidad y sin cambiar una letra, el siguiente dato sobre una recepción que ofreció la escritora justamente en el citado hotel. Luego del cocktail, Soca les anunció que la invitación incluía una cena. Así, durante largos minutos estuvo la anfitriona ocupada en determinar los asientos que debían ocupar en los automóviles alquilados para conducirlos al restaurante. Venía a su mente la sorpresa que en su momento le produjo el percibir que el esfuerzo de Soca era para concurrir a un restaurante que se encontraba exactamente frente al hotel. Los automóviles habían sido exclusivamente contratados para dar una vuelta en u. Bioy ponderaba estos gestos de Soca con una sonrisa de compleja elucidación, en la cual cierta sorna no parecía ausente. Pero en conclusión, lo que el autor pone en juego al hacer estas recordaciones, es su valor por la amistad, fuente en muchos casos de inspiración literaria en este grupo que nos ocupa. En este caso, por la amistad femenina. Borges, entrevistado por Osvaldo Ferrari, habla del admirable sentido de la amistad en las mujeres. Y al referir a Macedonio Fernández, dice:

[...] ha sido una amistad tutelar... pero, qué raro, a ese tipo de amistades parece convenirles la muerte física, ¿no?; ya que, bueno, aquel famoso verso de Mallarmé: "*tel qu'en lui meme en fin l'eternite le change*" –"tal como en sí mismo la eternidad lo cambia"– refiriéndose a Poe. Es decir, cuando alguien ha muerto, uno tiene una imagen de esa persona que no está modificada por las circunstancias contemporáneas, y puede manejar esa imagen a su guisa, a su modo. (Borges 1998: 221)

En otra parte del mismo texto, Ferrari le pregunta a Borges lo siguiente, en relación a sus vínculos con el Uruguay —pero denota la significación que le asigna a ciertos encuentros amistosos.

Ferrari: Ahora en los últimos años apareció, entre otros que reúnen a ambas literaturas, un libro que se llama *Cuentos de dos orillas*, en que, además de Ud., Bioy Casares y Silvina Ocampo, participan los uruguayos Onetti y Benedetti.

Borges: Si, yo no conozco a ninguno de los dos. También me acuerdo de Emma Risso Platero [...] [recuerda entonces Borges los años de agregada cultural uruguaya de esta mujer en Buenos Aires, tanto como en Londres y Japón] [...] por eso observo una cantidad de errores en mi cuento Historia universal de la infamia. Yo no tenía la menor idea del Japón entonces [...]. (Borges 1998: 75)

Sabido es que Borges y Onetti se conocían personalmente, habiendo sido presentados por Emir Rodríguez Monegal. Por supuesto, Emma Risso Platero y Susana Soca no soñaron en constituir una versión femenina de Bustos Domecq. Pero tenían muchos puntos en común, como la mayoría de estos sujetos que conformaron ese anotado sociolecto.

Adolfo Bioy y Susana Soca, habían recibido una esmerada educación, ambos estaban vinculados a la *douce France*. Si bien el afecto a ese país fue notorio en el Río de la Plata durante el siglo XIX, aunque sin llegar al *Wie Gott in Frankreich...* —sólo Montevideo llegó a tener veinte periódicos escritos en francés en esas décadas. Luego de la Segunda Guerra ese sentimiento fue paulatinamente cambiando.

Emir Rodríguez Monegal llegó a acusar a *La Licorne* desde el semanario *Marcha* de “afrancesada y estetizante” (Rodríguez Monegal 1954: 36). Aunque, con los años, Monegal crearía su propia revista en París —*Mundo Nuevo*.

Bioy y Soca habían nacido en las dos capitales del gran río, tanto como conocido el Viejo Mundo en la infancia (Bioy a los diez años y Soca de meses). Villordo define de este modo el nacimiento de Bioy Casares:

1914. La guerra del 14. La primera Guerra Mundial. Trincheras, máscaras de gases, masacres. Un mediodía de junio, en Sarajevo, es asesinado el heredero del Imperio Austro-húngaro. En agosto la guerra estaba declarada. En el país, en agosto, era Presidente Victorino de la Plaza [...] en septiembre, un día 15, para ser mas precisos, nació en Buenos Aires Adolfo Bioy Casares [...] En una de estas (casas), que hoy no existe, ubicada en la calle Uruguay al 1400 donde se juntan dos calles paralelas, Montevideo y Uruguay, como gusta decir Bioy Casares, nació el futuro escritor. (Villordo 1983: 11)

Ambos eran vástagos, únicos y privilegiados en sentido múltiple, de la clase dominante del entonces opulento Río de la Plata. Argentina se veía como el granero del mundo y Uruguay, no muy modestamente tampoco, en alusión a su democracia y sus reservas auríferas, se auto calificaba de la Suiza de América.

Particularmente imaginativo era Bioy —se cuenta que se creyó caballo con tal convencimiento que llegó a comer pasto. Aplicada y meticulosa Soca —algunos le atribuyen haber heredado el ojo clínico del padre. Su preceptor, Carlos Sabat Ercasty, escribió: “no se hasta dónde era posible ser maestro de Susana, sin ser a la vez su discípulo” (Sabat Ercasty 1961: 26).

Ya los ancestros de ambos tenían hondas vinculaciones con el arte, por lo cual la tarea literaria, tanto en uno como en otro, no parece como una circunstancia completamente exógena al resto de las actividades vitales. Los dos fueron estudiantes de Derecho, carrera que abandonaron para dedicarse por completo a la literatura. Y tanto Bioy como Soca suspendían su interés por las letras, exclusivamente por un viaje o por la práctica de un deporte, que no en vano exige particular atención: el tenis. El argentino llegó a confesar que una de sus mayores aspiraciones en la vida fue ser campeón mundial de tenis. Guardaban por sus padres una particular admiración, algo no siempre frecuente entre los creadores. Susana Soca rindió verdadero culto a la figura de su padre, Francisco Soca, científico, parlamentario y Rector de la Universidad. Encargó al arquitecto catalán Bonet una iglesia de diseño vanguardista en la localidad de Soca. La obra religiosa, basada en elementos de Le Corbusier, resume una cruz a través de la intersección de dos naves, aparte de contar con referencias a la trinidad a través de una serie de triángulos. Cuenta, además, con vitrales que producen, con el sol, sutiles efectos violáceos. También el célebre escultor Antoine Bourdelle realizó, poco antes de morir, una magnificante pieza inspirada en el *art deco* en homenaje a Francisco Soca y una lápida que lo exalta en ciencia y elocuencia. Bioy no solo recordaba estos homenajes al médico sino que, además, el nombre de la localidad le traía gratas rememoraciones. Hasta los años 60, el trazado de la ruta que lleva a Punta del Este, balneario visitado por Bioy y Silvina infinidad de veces, pasaba junto a la pequeña ciudad de Soca. Para Bioy, la muerte de la madre le llevó a calificar a 1952 de año terrible. Dice Villordo:

A propósito del año de esa muerte y del cuento *Homenaje a Francisco Almeyra*, Bioy Casares recuerda: "El cuento fue estimulado por la muerte de mi madre. Mi madre murió en épocas de Perón. Para quien muere en una dictadura, la dictadura es para siempre. El protagonista del cuento muere bárbaramente ajusticiado después de haber querido luchar contra el dictador formando parte del ejército que los exiliados argentinos alistaban en Montevideo. El paralelismo con la época de Perón, que los amigos combatían desde el periodismo o los actos públicos, aparece muy claro". (Villordo 1983: 52)

Pero a pesar de estas específicas alusiones, sabido es que Bioy permaneció siempre que pudo al margen de los avatares políticos de su país. Claro: no siempre pudo. Algo semejante ocurre con Susana Soca, no obstante provenir por línea materna de gente comprometida con un partido tradicional del Uruguay —su abuelo, el abogado Juan Carlos Blanco, fue incluso candidato a la Presidencia de la República en 1903. Amiga íntima de Paul Eluard, vinculada a Pierre Drieu La Rochelle, viajera frecuente a la Moscú de Stalin, se las ingenió, sin embargo, para permanecer fuera de las disquisiciones ideológicas *stricto sensu*, resguardándose en el plano meramente especulativo filosófico.

En realidad, ambos fueron viajeros impenitentes por el mundo entero. Pero fuera del Río de la Plata, Francia fue de algún modo el lugar de inflexión con el resto de occidente y hasta oriente. Bioy convirtió a Pau desde 1949 en una geografía casi insoslayable. Allí viajaría sucesivamente con su padre, con Silvina y hasta con su hija Marta. En *Todas las mujeres son iguales* aparecen sus impresiones sobre los bearne-

ses. Susana Soca seguirá la tradición ancestral de ver en París la ciudad de alternativa permanente. Tanto Bioy como Soca poseen gran solvencia económica, son literalmente terratenientes. Pardo será el feudo de Bioy, como Soca lo será para Susana Soca. En las dos localidades se aprecian, incluso hoy, escuelas con nombres de familiares.

Tanto Bioy como Soca son buenos anfitriones de figuras extranjeras, aunque la presencia consular de Victoria Ocampo en Buenos Aires, parece acaparar cuanto francés más o menos reputado se presente por la ribera occidental. Susana Soca inicia de joven sus ágapes literarios en su casa céntrica —luego continuadas en la emblemática residencia de la calle Divina Comedia de Montevideo—, con Federico García Lorca, cuando el granadino recorre la capital con su cicerone Enrique Amorim, se fotografía con Juana de Ibarbourou y homenajea en el cementerio al vanguardista Rafael Barradas. Con los años, Borges, Lanza del Vasto, Camus, entre otros franceses y rusos serán algunos de sus huéspedes.

Bioy será un visitante de Susana Soca en Montevideo, aunque sus visitas a la capital uruguaya muchas veces no constituyan más que largas y solitarias caminatas, tamizadas tan solo por la concurrencia a algún cine, donde solía ver algunos filmes censurados entonces en Argentina. Memorizaba los nombres de varios hoteles montevideanos de categoría, casi todos edificios demolidos hoy, en los cuales se había alojado.

Sin duda, y más allá de lo anecdótico, la mayor coincidencia entre Bioy y Soca radica en una rara condición del espíritu, aunque se trató de dos personas notoriamente diferentes. Más allá de las coincidencias, hubo profundas diferencias entre ellos, y sus obras tuvieron muy diversa repercusión. Pero en este rápido relevamiento de frases, al acusar recibo de la diferencia, e incorporarla, se consolida un *puzzle* de palabras que tejen una imagen posible de los sujetos evocados. Mencionaré mínimamente aquí el propósito de Jean-François Lyotard en *La diferencia* (1983), que complementa la tesis de *La condición posmoderna*, del mismo autor: convencer al lector de que todo en el hombre se reduce a frases. Y es en esta reconstrucción de frases propias o apropiadas, que se efectúa este intento por reconstruir esta tangencial 'bioygrafía'.

Es un lugar común el emblemático poema de Borges llamado *Susana Soca*, pero perfectamente podría estar la pluma de Bioy, de Bustos Domecq o de Suárez Lynch, o podría estar pasando revista por *Destiempo*, ya que sus palabras transmutan la anécdota, del tiempo, hacia la mayor atemporalidad, sin dejar de aludir también al incendio del avión, a la muerte ígnea de su pasajera. Dice:

Con lento amor miraba los dispersos  
colores de la tarde. Le placía  
perdersé en la compleja melodía  
o en la curiosa vida de los versos.  
No el rojo elemental sino los grises  
hilaron su destino delicado,  
hecho a discriminar y ejercitado  
en la vacilación y en los matices.  
Sin atreverse a hollar este perplejo

laberinto, miraba desde afuera  
 las formas, el tumulto y la carrera,  
 como aquella otra dama del espejo.  
 Dioses que moran mas allá del ruego  
 la abandonaron a ese tigre, el Fuego. (Borges 1960/1986: 89)

Borges-Bioy, simbiotizados en Bustos Domecq, entrelazados en la vida de aquella sociedad rioplatense-universal que fue también la de Susana Soca, se vinculan textual y directamente ahora en la común referencia a la escritora. Y Soca puede vincularse, en su muerte, con signos de ambos.

Así ocurrió la muerte. El avión de Lufthansa —proveniente de París, que debía hacer escala en Río, para llegar luego a Montevideo— salta de la pista del aeropuerto brasileño, vuelve a ganar altura y se estrella en una cercana playa, perdiendo la vida 36 de las 39 personas a bordo. El aparato se incendia de inmediato (cfr. *El País*, Montevideo, 12 enero 1959: 1). Era el primer accidente en la posguerra para la compañía alemana. Y los tres sobrevivientes eran empleados de la empresa; o sea que las últimas personas que vieron con vida a Soca están acaso y paradójicamente, hoy y aquí, en Alemania.

Parte del mundo simbólico de la infancia de Bioy se nutrió de una hazaña aeronáutica de pilotos que unieron en 1926 Buenos Aires con Nueva York. El recuerdo está asociado a una frase que se hizo proverbial entonces: 'hay que hacer algo por Campanelli'. Se trataba del mecánico del vuelo. 'Hay que hacer algo por Campanelli', era una manera de decir que había que apoyarlo con dinero, pero con el tiempo pasó a significar que había que hacer algo por alguien. Por tanto, cuando Adolfo y sus amigos adolescentes querían ir a comer decían: 'hay que hacer algo por Campanelli'.

"Hay que hacer algo por Susana Soca", quiero recordar que me dijo textualmente Bioy una vez. En este caso, obviamente, sugiriendo rescatar la rica historia de esta mujer.

Pero no puedo atribuirle a Bioy nada demasiado asertivo. Bioy nunca pretendió convencer de nada. Tampoco Susana Soca: si algo queda de esta mujer es su interminable capacidad de interrogar.

Casi no he sido el proceso de mi muerte; empezó en los tejidos de la mano izquierda; sin embargo, ha prosperado mucho; el aumento del ardor es tan paulatino, tan continuo, que no lo noto. (Bioy Casares 1968: 124)

No es el momento en que Soca encuentra la muerte en el avión Super Constellation de Lufthansa, sino un premonitorio fragmento del final de *Morel*.

## Bibliografía

### Obras

- Bioy Casares, Adolfo. (1953). "Clave para un amor", en: *Entregas de La Licorne*, Núm. 4: 69-93.
- . (1968). *La invención de Morel*. Buenos Aires: Emecé.
- . (1993). "En diálogo con Adolfo Bioy Casares", en: Lisa Block de Behar/Isidra Solari de Muró (edas.). *De la amistad y otras coincidencias. Adolfo Bioy Casares en Uruguay*. Salto: Centro Cultural Internacional de Salto. pp. 111-126.
- . (1999). "Que la vida sea espléndida. Un reportaje último con Bioy, en diciembre de 1998", (por Ramiro Guzmán), en: *Insomnia*, Núm. 65: 3-4.
- Borges, Jorge Luis. (1960/1986). "Susana Soca", en: ídem. *El Hacedor*. Buenos Aires/Madrid: Emecé/Alianza. p. 89.
- . (1998). *En diálogo con Osvaldo Ferrari. Tomo II*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Onetti, Juan Carlos. (1964). *Juntacadáveres*. Montevideo: Alfa.
- Soca, Susana. (1966). *Prosa de Susana Soca*. Montevideo: La Licorne.

### Crítica

- Cioran, Emile. (1961). "Elle n'était pas d'ici", en: *Entregas de La Licorne*, Núm. 16: 9-10.
- Cáceres, Esther de. (1964). *Introducción a la lectura de Susana Soca*. Montevideo: Apartado de La Revista Nacional.
- Felgine, Odile. (1997). *Correspondance Roger Caillois - Victoria Ocampo*. Paris: Stock.
- Lyotard, Jean-François. (1988). *La diferencia*. Barcelona: Gedisa.
- Ocampo, Victoria. (1959). "Susana Soca", en: *Sur*, Núm. 257: 11-15.
- Real de Azúa, Carlos. (1964). *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*. 2 Vols. Montevideo: Departamento de Publicaciones Universidad de la República.
- Rodríguez Monegal, Emir. (1954). "Revista de revistas", en: *Marcha*, Núm. 715: 36.
- Sabat Ercasty, Carlos (1961). "Un recuerdo de Susana Soca", en: *Entregas de La Licorne*, Núm. 16: 25-27.
- Sidéry, Sherban. (1961). "Nous ne nous verrons plus sur terre", en: *Entregas de La Licorne*, Núm. 16: 41-42.
- Sollers, Philippe. (1975). *La escritura y la experiencia de los límites*. Caracas: Monte Ávila.
- Villordo, Oscar Hermes. (1983). *Genio y figura de Adolfo Bioy Casares*. Buenos Aires: Eudeba.